

Letras de Navidad

(Selección de textos literarios navideños realizada por Luis Ramoneda, filólogo, escritor, poeta y crítico literario)

1.

Déjenme que arranque estas *Letras de Navidad* con un homenaje a *Platero y yo*, en el año de su Centenario...

¡La candela en el campo...! Es tarde de Nochebuena, y un sol opaco y débil clarea apenas en el cielo crudo, sin nubes, todo gris en vez de todo azul, con un indefinible amarillor en el horizonte de poniente... De pronto, salta un estridente crujido de ramas verdes que empiezan a arder; luego, el humo apretado, blanco como armiño, y la llama, al fin, que limpia el humo y puebla el aire de puras lenguas momentáneas, que parecen lamerlo.

¡Oh la llama en el viento! Espíritus rosados, amarillos, malvas, azules, se pierden no sé dónde, taladrando un secreto cielo bajo; ¡y dejan un olor de ascua en el frío! ¡Campo, tibio ahora, de diciembre! ¡Invierno con cariño! ¡Nochebuena de los felices!

Las jaras vecinas se derriten. El paisaje, a través del aire caliente, tiembla y se purifica como si fuese de cristal errante. Y los niños del casero, que no tienen Nacimiento, se vienen alrededor de la candela, pobres y tristes, a calentarse las manos arrecidas, y echan en las brasas bellotas y castañas, que revientan, en un tiro.

Y se alegran luego, y saltan sobre el fuego que ya la noche va enrojando, y cantan:

...Camina, María,
camina, José...

Yo les traigo a Platero, y se lo doy, para que jueguen con él.

Juan Ramón Jiménez: Platero y yo

2.

Pastores de Navidad

Hace unos años pasaba yo unos días en Ronda, con motivo de las fiestas del homenaje a Rilke. Y, releendo al poeta, renovaba mis recuerdos de los pastores. Yo había visto por vez primera pastores en los montes de mi tierra, la montaña de Santander, y luego en las tierras altas de Soria. El serroján que subía de Tudanca o de Luena a las altas cumbres y que todavía llevaba su rústico rabel. O el pastor soriano de Villaciervos, que conservaba su capa tradicional. Y, junto a estos ejemplares distintos de la raza, las estampas de los gallegos, con su gabán de juncos, o de los maragatos, o de los del alto Aragón, o la arcaizante Cataluña.

Pero, todavía más atrás, otros pastores se imponían a mi recuerdo. Eran los pastores del nacimiento familiar, o de los belenes más deslumbrantes y hermosos, del tamaño a veces natural en sus figuras, los pesebres contruidos por conventos, como el de los Pasionistas, con su estrella de rayos centrífugos incesantes y su movimiento que imitaba la realidad de la vida. Y ahora, al salir de paseo en las primeras horas de la mañana de noviembre, como le gustaba a Rainer María Rilke, me topaba, en las puertas mismas de la ciudad, con el pastor, aún vestido al modo antiguo, que dirigía sus cabras negras, blancas café o berrendas y remendadas de colores.

Fueron los pastores los que recibieron el privilegio de saber antes que nadie el descenso del Niño Dios encarnado en la Virgen María. Porque la Navidad llegó para demostrar a los hombres que el Padre Creador no les abandona y les envía a su Hijo para que nazca y sufra entre ellos y para que realice el milagro supremo de los milagros, el de conciliar la Eternidad con el Tiempo, el Dios con el Hombre. Y para ello convoca en la noche santa a todos los pastores de la tierra, de todas las tierras y todos los siglos.

El pastor, el pastorcillo, el pastor viejo, está más cerca del cielo, sabe las estrellas mejor que los marineros, y talla maderas y dibuja eternos motivos geométricos en las cortezas o en las fibras leñosas de los árboles mismos o de los cayados. El silencio de los espacios infinitos, el silbo misterioso y sublime de los vientos de la rotación terrestre y hasta el eco de la música de las esferas siderales, él los escucha sobrecogido de intemperie, de humildad y de veneración ante el misterio del Ser. El pastor no sabe muchas pequeñas sabidurías de nuestra cultura más o menos general. Pero sabe palabras, ensalmos, poesía perdurable e inmarchita. Sabe que hay Dios y que todos los años nace un Niño, un Pastor entre los pastores. Se lo ha dicho un Ángel.

A su luz cegadora y vivísima todo se esclarece y la inteligencia, cumpliendo su verdadero deber, lee entre las líneas del razonamiento.

Gerardo Diego (ABC, Madrid, 2 de enero de 1972)

(En Gerardo Diego: *Obras Completas*, tomo V, Madrid, 1997, págs. 590-591)

3.

La Madre de Dios, sin par,
es de notar
que humildosa ha de nacer
y humildosa concebir
y humildosa ha de criar.

Las riberas y verduras
y frescuras
pregonan su hermosura;
la nieve, la su blancura,
limpia y pura
más que toda criatura;
lirios, flores y rosas
muy preciosas
procuran de semejalla,
y en el cielo no se halla
estrella más luminosa.

Antes santa que engendada,
preservada,
antes reina que nacida,
eternalmente escogida,
muy querida,
por Madre de Dios guardada,
por virtud reina radiosa,
generosa,
por gracia emperadora,
por humildad gran Señora,
y hasta ahora
no se vio tan alta cosa.

Gil Vicente (1465-1536?) Pionero dramaturgo y poeta portugués

4.

Reyes santos que venistes
a ver al Rey más subido,
en los dones que le distes,
distes fe que conocistes:
Dios y hombre ser nacido.

Incienso por divinal,
y por Rey le distes oro,
y mirra por ser mortal,
en aquel pobre porta,
casa de nuestro tesoro.
Gran corona merecistes
por haber a Dios servido;
en los dones que le distes,
distes fe que conocistes:
Dios y hombre ser nacido.

Juan del Encina (1468-1529)

5.

CAMINITO DE BELÉN (villancico)

GLOSA

“Caminito de Belén,
no hay posada para Él,
y un pesebre cuna es
donde el Niño fue a nacer.”

Ay, alahé.
Caminito de Belén, alahé,
va la Virgen con José, alahé,
¿y no hay quien
casa y lumbre y pan les dé?
Alahé.
Ay, alahé, alahé,
Caminito de Belén.

Ay, alahé,
no hay posada para Él, alahé,
ni lugar donde yacer, alahé.
¡Ay, Gabriel,
que mi niño va a nacer, alahé.
Ay, alahé, alahé,
no hay posada para Él.

Ay, alahé,
y un pesebre cuna es, alahé,
es la cuna de mi Rey, alahé.
¡Ay los tres,
con el asno y con el buey!, alahé.
Ay, alahé, alahé,
y un pesebre cuna es.

Ay, alahé,
donde el Niño fue a nacer, alahé,
tierra y cielo gloria ven, alahé.
¡Idle a ver,
que nació por nuestro bien, alahé.
Ay, alahé, alahé,
Que nació por nuestro bien.

6.

*Pues que la estrella
es ya llegada,
vaya con los Reyes
la mi manada.*

Vamos todos juntos
a ver al Mesías,
que vemos cumplidas
ya las profecías;
pues en nuestros días
es ya llegada,
vaya con los Reyes
la mi manada.

Llevémosle dones
de grande valor,
pues vienen los Reyes
con tanto hervor.
Alégrese hoy
Nuestra gran Zagala,
vaya con los Reyes
la mi manada.

No cures, Llorente,
de buscar razón,
para ver que es Dios
aqueste garzón;
dale el corazón
y yo esté empeñada,
vaya con los Reyes
la mi manada.

(Santa Teresa de Jesús, 1515-1582)

7.

En la fresca sombra
de un blanco rosal
un lirio florece
por la Navidad.

*Bonita es la rosa,
el rosal lo es más;
pero es más el lirio
que florecerá.*

Tiene sus hojitas verdes
y blanco el cáliz está,
y la miel que hay en el cáliz
es una miel celestial.
Las abejas que a libarle
su dulcísima miel van,
son ángeles de los cielos
que le quieren custodiar.

Aunque lo rondan los ángeles
de los pastores será.
Llegan los tres Reyes Magos
para su aroma aspirar,
viendo a la Virgen que con
su llanto lo regará.

—¿Porqué lloráis, Santa Virgen
María? ¿Por qué lloráis?

—Porque son perlas del alba
las que le suelen rociar,
y el día de Viernes Santo
de sangre se tornarán.
¡Blanco lirio florecido
la noche de Navidad!
En la cumbre del Calvario,
¡cómo de deshojarán!

*Hermosa es la rosa,
el ramo lo es más;
pero es más el lirio
que florecerá.*

(Jacinto Verdaguer, 1845-1902)

8.

Burrito santo

Borriquito blando de la Virgen María,
manso borriquito que llevó a Jesús
con su Santa Madre que al Egipto huía
una noche negra sin astros ni luz.

¡Lindo borriquito de luciente lomo!:
hasta el niño mío te venera ya,
y dice, mirando tu imagen en cromo:
—¿Es el de la Virgen que hacia Egipto va?

¡Dulce borriquito, todo mansedumbre!:
nunca a tus pupilas asomó el vislumbre
más fugaz y leve del orgullo atroz;

y eso que una noche sin luna ni estrellas
por largos caminos dejaste tus huellas,
¡llevando la carga sagrada de un Dios!

(Juana de Ibarbourou, 1892-1979)

9.

Al Niño Dios

El alba tomó cuerpo en tu figura,
el aire se hizo carne, los rosales
desangraron sus rosas virginales
para crear tu piel silente y pura.

Desparramó la brisa su ternura,
la luz cuajó en tu forma sus cristales,
la luna derramó sus manantiales
para crear en Ti nuestra ventura.

Divinidad que, tan pequeña y suave,
se hace niña en tu carne redentora
en lo infinito ni siquiera cabe.

En Ti la eternidad tiene su aurora,
en Ti nada se halla que se acabe,
oh alba de Dios que entre la paja llora.

(Rafael Morales, 1919-2005)

10.

El arce rojo

En el corto trayecto desde la escuela hasta su casa, Leonor se encontraba todos los días con un viejo amigo, con el que se entendía muy bien, sin necesidad de usar muchas palabras. La pequeña se dirigía a él, unas veces en voz alta y otras sin que mediara ninguna frase, pero le bastaba con observar el color de las hojas o el movimiento de las ramas, para adivinar lo que el gran arce rojo quería comunicarle. Son dones que suelen poseer algunos niños.

Cuando se acercaba el invierno, Leonor se detenía un instante al pasar junto al gran árbol: miraba hacia la copa del arce, a modo de saludo, y seguía para casa, con paso ligero,

para espantar el frío. Pero aquella tarde de diciembre, al contemplar el árbol, permaneció un rato sin moverse, y no tardó mucho en caer a los pies de la pequeña una gran hoja roja, ancha como las manos fuertes del padre de Leonor, que era carpintero. La niña recogió la hoja, la guardó con cuidado entre las páginas de su cuaderno azul, se despidió sonriente de su viejo amigo y siguió hacia su casa. El gran arce nunca la defraudaba, porque, cada primavera y cada otoño, escogía para ella sus mejores hojas.

Al llegar a su casa, Leonor fue a su cuarto y abrió el arcón en el que guardaba sus pequeños tesoros: una llave de plástico amarilla, un burrito de peluche con una pata rota, un calendario antiguo, el disfraz de Hada madrina, una muñeca de trapo de su abuela, una concha... Sacó un bloc de anillas, en el que coleccionaba las hojas que el viejo arce le regalaba, pegó con cuidado la última y salió en busca de su madre, para que anotara la fecha en el papel con su elegante caligrafía. Después, ayudó a ella y a su hermana Cecilia a poner el Belén, porque la Navidad estaba muy cerca.

Por la noche, al acostarse, la pequeña abrió de nuevo el arcón, sacó el burrito de peluche, al que llamaba Antón, como el asno protagonista de uno de sus cuentos preferidos, y lo puso a su lado en la almohada. Contempló satisfecha la hoja recién añadida a su colección, dejó el bloc de anillas abierto en la mesita de noche y no tardó mucho en dormirse; tuvo un sueño maravilloso:

Hacía mucho frío, era una noche muy estrellada. La niña y Antón, que cojeaba, cabalgaban por un solitario camino, rodeado de olivos plateados por el resplandor de una gran estrella, y orientaron sus pasos hacia el lugar señalado por el luminoso astro.

–Tal vez se trata del palacio de un hada o de una princesa –susurró Leonor al jumento, que asintió con un leve rebuzno–.

Sin embargo, el lugar no era más que una cueva que albergaba a una familia pobre que no tenía donde cobijarse. Leonor y Antón se acercaron y vieron a un recién nacido de ojos perfectos y a su joven madre, hermosa como un rosal, y al que debía ser su padre, apuesto y tenaz, ocupado en recoger troncos para avivar la hoguera que ardía en un rincón. Junto a ellos, había un burrito simpático, que rebuznó al ver a su colega Antón, y un buey adormilado.

Antón se puso junto al otro burro para dar calor al niño de ojos perfectos. Leonor se acercó al recién nacido y a su madre y se quedó mirándolos. La mujer le preguntó con una voz dulce como una caricia:

–¿Cómo te llamas, niñita valiente?

–¡Leonor!, ¿y tú quién eres?

–Yo soy la Virgen María y éste es Jesús, el Niño-Dios, que ha nacido para salvar a los hombres. Aquel es José, mi buen marido, que nos cuida y protege a los dos.

–¿No tenéis casa? –preguntó de nuevo Leonor–.

–Hemos venido de Nazaret, nuestra lejana aldea, para el empadronamiento, pero no había sitio para nosotros en la posada de Belén y hemos tenido que refugiarnos aquí para que naciera el Niño.

San José llegó cargado con un haz de leña y se quedó quieto en el umbral de la cueva observando a la niña y a su mujer.

La Virgen añadió sonriente:

–¡Acércate un poco más a la hoguera, Leonor, no vayas a enfriarte! ¿Te gustaría tener a mi Hijo un rato en tus brazos, mientras le arreglo la cuna?

–¡Mucho, los bebés me encantan! –contestó Leonor–.

La Virgen le entregó al Niño, que se había dormido. Un gozo muy grande se adueñó de la pequeña Leonor y un gran deseo de ser siempre buena. Cuando el Niño de ojos perfectos se desveló en su regazo, su despertar fue como una sonrisa. Leonor pensó que le gustaría quedarse allí a ayudar a la Virgen María, a su hijito y a San José.

Pero Antón y el otro pollino rebuznaron y se oyeron en seguida rumores de pasos, de balidos, de esquilas, de flautas y de zambombas. San José salió a ver qué pasaba y no tardaron en aparecer unos pastores y se escuchó un coro invisible de ángeles en el cielo estrellado.

Los pastores se postraban ante el Niño de ojos perfectos y le dejaban algunos regalos: un corderito, queso o requesón, una torta, unas gallinas..., y luego bailaban al son de las flautas y de la música del coro de ángeles.

Leonor sintió gran pesar: ¿qué podría regalar ella al Niño de ojos perfectos y a su Madre? Estuvo pensando un buen rato, buscó en los bolsillos de su anorak y sólo encontró la gran hoja que su amigo el arce viejo le había regalado por la tarde; era la que más le gustaba de su herbario.

Miró a la Virgen María, que volvió a sonreír mientras cogía al Niño y lo acostaba en el pesebre, envuelto en blanquísimos pañales y en una mantita azul. Entonces, la pequeña se decidió, aunque le costaba hacerlo:

–¡Madre Virgen, quédate con Antón, mi borrico, para que os dé calor y para que juegue con el Niño; y con mi anorak, para que Jesús no pase frío, y también con esta hoja tan bella. No tengo nada más para ofrecerlos!

La Virgen le dio un beso, y contestó:

–¡Muchas gracias, niña valiente y generosa! Antón regresará contigo, porque ya tenemos a Lucero, nuestro pollino, y también necesitas tu anorak para no acatarrarte. Para mi Hijo, tejí la manta azul y una rebeca con lana de cordero, no te preocupes. En cambio, guardaré esta hoja tan bella, del color de la sangre, para Jesús, porque cuando sea mayor tendrá que padecer mucho. A cambio, le pediré que me permita ayudarte a ser siempre muy buena.

Al oír estas palabras, Leonor se asustó y sintió una gran pena por el Niño de ojos perfectos y por su Madre, hermosa como un rosal.

La Virgen volvió a mirarla con ternura y añadió:

–No debes entristecerte por lo que acabo de decirte, porque el dolor de mi Hijo salvará a los hombres. Tú sé buena y aliviarás un poco sus padecimientos.

Entonces, Antón rebuznó y salió de la cueva. Leonor se dio cuenta sorprendida de que ya no cojeaba... En aquel instante, despertó de su bello sueño.

Unas horas después, al levantarse, la pequeña vio que faltaba la última hoja de su herbario y que la pata rota de su burrito de peluche estaba remendada. Por la tarde, al regresar de la escuela, cuando se acercaba al arce viejo, éste agitó sus ramas para avisarla. Leonor se detuvo y cayó para ella otra hoja grande y roja, que la ayudaría a no olvidarse nunca de aquel maravilloso sueño sobre la nochebuena.

Luis Ramoneda
(cuento incluido en la novela “*Carolina en el País de las Estaciones*”)